

CAPITULO XII.

EL JURAMENTO.

Desde la muerte de su madre, habia pasado María con sus dos hijos á vivir en compañía de su hermana Rosa, en casa del famoso médico don Antonio de Aguilar, esposo de la última. Este respetable sugeto, parecia mas bien padre que marido y cuñado de las dos hermanas, tanto por la diferencia que habia en sus edades, como por los consejos verdaderamente paternos con que se afanaba por consolar á aquellas desventuradas hijas, anegadas en llanto desde la irreparable pérdida de su madre cariñosa.

— Bueno es llorar, hijas mias — les decia con afectuoso acento — bueno es verter algunas lágrimas cuando el corazon está oprimido por el dolor; pero el exceso del llanto, el abandonarse enteramente á la amargura, es una imprudencia que agrava los males del que es desdichado. Solo una resignacion cristiana á los decretos de la Providencia puede hacernos soportables los inmensos infortunios de la vida. ¿Quién se libra de ellos en este mundo miserable?

— Tienes razon, hermano mio — respondió María enjugándose una lágrima; — pero es preciso confesar que esa Providencia á quien con toda el alma he respetado y bendecido siempre, nos trata con una severidad inmerecida.

— No es tan severa como todo eso, querida mia. Ella proporcionó á tu esposo un generoso mortal que supo salvarle.

— Es verdad.... ¡cuánto tengo que agradecer á don Fermin del Valle! Nunca olvidaré su noble accion; y quisiera se me presentáran frecuentes ocasiones de probarle mi gratitud.

— Pues bien, ya ves como no todo son desdichas. Tambien sabes que tu hermano Manuel y el buen Tomás están ocultos y en completa seguridad.

— Pero mi padre...

— Es verdad que tu padre gime en oscura prision; pero no debes olvidar que estaba ya en capilla, y se ha salvado milagrosamente de una muerte afrentosa.

— ¡Ay Antonio!.... el presidio es tambien un castigo afrentoso, y el presidio perpétuo es peor que la muerte... es una muerte lenta... es una agonía prolongada... ¡Y al cabo de sus años!...

La infortunada marquesa no pudo continuar: el dolor ahogó sus palabras.

— ¡Hermana mia! — exclamó Rosa temblando.

Y abrazándose estrechamente las dos hermanas por un impulso de simpatía, prorumpieron en acerbo llanto.

— Me desgarras el corazon con esos estremos — dijo don Antonio pasándose por los ojos el pañuelo.

— Somos muy desgraciadas — continuó María entre sollozos — no bastaba haber presenciado la muerte de una cariñosa madre!... es preciso que veamos tambien morir á nuestro padre... es imposible

que sobreviva á tan crudos golpes... próximo á dar su cabeza al verdugo... ¿qué importa que haya alcanzado el perdón, si ha recibido ya una herida mortal? Y es la segunda vez que los tiranos desgarran su corazón de este modo... la primera pudo soportarla porque se hallaba aun en edad vigorosa; pero ahora, en la vejez... y viendo que salva su vida para arrastrar sus últimos años en un presidio, cargado de cadenas... con la reciente y cruel angustia de haber perdido á su idolatrada esposa... ¡Ay, hermana mía!... no lo dudes... es imposible que nuestro padre resista á semejante cúmulo de calamidades. Morirá... morirá como nuestra pobre madre...

— ¡Dios mío! — gritó Rosa llorando amargamente.

— ¡Oh! no... me he equivocado — añadió la marquesa en ademanes de loca — si muriese como nuestra madre, aun podríamos juzgarnos dichosas.

Y al decir esto asomó á sus labios una sonrisa indefinible que espresaba la tortura de un pecho profundamente lacerado.

— Por Dios, María... — dijo en tono suplicante don Antonio.

— No hay que hacernos ilusión — añadió la desventurada hija — nuestra madre ha muerto rodeada de sus hijos... hemos recibido su último adiós... sus últimas caricias... su última bendición... pero nuestro padre... sino muere de dolor y de fatiga por el camino... sin consuelo de nadie... morirá lejos de su patria... de sus hijos... tal vez arrojarán su cadáver al mar durante la travesía... y si llega á su destierro, aun será mas horrorosa su muerte... en el presidio... entre los criminales que la sociedad lanza de su seno!...

— Esto es ya demasiado — replicó en tono de reconvención don Antonio. — ¿A qué conduce esa manera de exagerar las desgra-

cias? No sé en verdad de qué te sirve el talento. En vez de apelar á la reflexión, en vez de dar ejemplo, como mayor, á tu pobre hermana, no parece sino que te gozas en inventar infortunios que están muy lejos de suceder, con el solo objeto de atormentarnos á todos.

El modo severo con que acababa de espresarse don Antonio produjo todo el efecto que esperaba.

— ¡Ay!... es verdad — balbuceó la marquesa esforzándose por contener su llanto. — He venido á molestaros, dices bien, á daros tormento. — Y sin cuidarse de las copiosas lágrimas que ella vertía, enjugando con su pañuelo las de Rosa, añadió: — no llores mas, hermana mía... no hagas caso de mis necios vaticinios... Soy una loca...

— No estás muy cuerda en este momento — dijo conmovido don Antonio. — Lejos de prever los males que pronosticas, confío en Dios que sucederá todo lo contrario.

— Perdonadme los disgustos que os ocasiono.

— ¡Qué dices, María! ¿Tú causarnos disgustos! — repuso Rosa besando la mano de su hermana — ¡oh! de ningún modo... Tienes razón en hacerme partícipe de tus amarguras... ¿Quién mejor que una hermana que te adora debe ayudarte á conllevarlas? Además, tus pesares son también los míos, y es muy justo que los lloremos juntas.

— Eso es — replicó don Antonio — llorar, siempre llorar por cosas imaginarias. Repito que no hay el menor fundamento para temer las nuevas desgracias que María se forja. Todos conocemos el carácter de nuestro padre; siempre ha sabido hacerse superior á todo linaje de contratiempos; siempre ha sabido vencer los más rícos golpes de un destino adverso; y en terribles ocasiones de

prueba, hemos admirado su valor, su tranquilidad, su grandeza de alma. Muchas veces ha tenido cerca la muerte, y ni su aspecto le ha inmutado nunca, ni la noticia del perdón ha podido alterar su salud. Verdad es que ahora no frisa con la edad mas á propósito para arrostrar peligros; pero es una escepcion de la regla, y no parece sino que los años, en vez de amortiguar sus brios, hayan fortalecido ese carácter indomable que le hace superior á toda calamidad.

—Sin embargo—repuso la marquesa—amaba á su esposa con delirio, y cuando sepa su muerte...

—Rendirá á su memoria una lágrima de amor; pero se resignará con la voluntad del Juez Supremo. Se hará cargo de que su adorada esposa está ya en la mansion de los justos, que goza del galardón que Dios reserva á las almas virtuosas, que vive la vida eterna de los bienaventurados, y que en vez de sufrir los sinsabores que en este detestable mundo amargan la existencia, en vez de verse perseguida por los opresores que aquí nos rodean, es feliz en la morada celeste entre el coro de ángeles que divisaba ya desde el lecho mortuorio. ¿Os acordais de sus últimas palabras? ¿La oisteis algun acento de dolor? No, porque el cielo se abría ante sus ojos. Su muerte fué deliciosa, fué la muerte de una conciencia pura, fué el comienzo de una vida sin término é inundada de verdaderas delicias. Su digno esposo, el compañero de todos sus pasos, el poseedor de todos sus secretos, el que mejor conoce sus altas virtudes, no puede ignorar que su mujer está en el cielo, y como cristiano y respetuoso á la justicia divina, lejos de prorumpir en ese llanto inútil con que vosotras, débiles mujeres, ofendeis al Salvador, se resignará á sus decretos, y le bendecirá por haber dado á su esposa el galardón supremo.

—Gracias, gracias, hermano mio—esclamó la marquesa arrojándose á los piés de don Antonio.

—¿Qué haces, María?—le preguntó este, levantándola y recibéndola en sus brazos.

María no pudo contestar; la emocion embargaba sus palabras y el raudal de sus lágrimas era mas copioso que nunca.

Después de exhalar un prolongado suspiro, miró alternativamente á don Antonio y á Rosa, y viendo que tambien estaban sus ojos arrasados en lágrimas, enjugó los suyos y cogiendo á Rosa de la mano, la contempló con una sonrisa encantadora. Era la dulce sonrisa del consuelo, radiante de gozo y de esperanza.

—No llores, Rosa, no llores—esclamó con dulzura.—Las palabras de tu buen esposo, han vuelto la tranquilidad á mi corazón. Dice muy bien Antonio, nuestra madre está en el cielo, y es feliz..... ¿qué mas podemos desear? Estas últimas lágrimas que he vertido, no eran de dolor, hermana mia, eran lágrimas de placer. La elocuencia de tu marido ha penetrado hasta el fondo de mi alma, y ha hecho en ella el efecto de un bálsamo celestial. Gracias, Antonio, gracias.

—Yo te las doy á tí, querida mia—repuso lleno de contento don Antonio—al verte tan razonable y discreta. Y por lo que respecta al porvenir de tu padre, tampoco debes entregarte á esa insensata desesperacion que te hacia concebir pensamientos extravagantes. Ha salvado su vida, y aunque es horrible la pena inmediata á la capital, debes considerar que muchas personas influyentes, las mismas que han evitado su muerte, pondrán en juego todas sus relaciones, todos los medios imaginables para alcanzar que tampoco se verifique el destierro.

—¿Y crees que lograrán su completa libertad?

—No digo tanto; pero aun cuando en el último extremo nada se alcance ¿no sabes lo que son estas cosas políticas? Si el gobierno actual se hace sordo á nuestras quejas, mañana entrarán otros hombres en el ministerio. Apuradamente en España sucede esto con sobrada frecuencia. ¿No hemos de dar algun dia con un gobierno mas humanitario? Además, suele acontecer de vez en cuando algun suceso fausto para el trono, y es costumbre en tales casos, como tú no ignoras, celebrarlo por medio de un indulto para los presos por causas políticas. Esto, querida hermana mia, sucede muy amenudo.

—De todos modos — objetó la marquesa — es preciso tocar todos los resortes para evitar que salga para su destierro.

—Por supuesto; pero he querido probarte que aun en el peor caso, cuando todas las gestiones fuesen infructuosas, no hay que temer todas aquellas desgracias que tu acalorada imaginacion nos vaticinaba. Don Fermin del Valle no para un instante, es persona respetable bajo todos conceptos, y me lisonjeo que ha de quedar airoso en su empresa.

—Ya le debo la libertad de mi Luis. Si ahora alcanza la de mi padre ¿cómo podré pagarle tan grandes beneficios?

—La mejor recompensa para los hombres de bien está en el placer de haber consumado una buena accion.

—Es verdad, yo misma he sentido mil veces ese placer, y no hay galardón en el mundo que pueda superarle.

—Hijas mias — prosiguió don Antonio — ahora que habeis recobrado vuestro sosiego, espero me permitireis separarme de vosotras.

—¿Vas á salir de casa? — preguntó Rosa.

—Sí, querida mia, primero es la obligacion que la devocion,

suele decirse, y la obligacion de un médico es indudablemente de las mas sagradas.

—¿Ahora que María estaba tan contenta!... En cuanto te separes de aquí, se me antoja que ha de entristecerse otra vez.

—¿Y tú no? — dijo sonriéndose don Antonio.

—A mí siempre me causa pena que te vayas de mi lado, bien lo sabes tú.

—¿De veras?

—¿Puedes dudarlo?

—¿Qué se yo? La compañía de un viejo no es la mas á propósito para una jóven.

—Ya quieres enojarme con tus tonterías. Si eres viejo... mejor... á mí me gustas así.

—No es poca fortuna la mia.

—Pero mira, si has de venirte con esas chanzas, ya puedes marcharte.

—¿Qué es eso, Rosa? — preguntó María.

—Nada, que ahora ha dado en la flor de decirme á todas horas que es viejo.

—¿Y no es la verdad? — exclamó en tono festivo don Antonio.

—Sea verdad ó mentira, no quiero que me vengas con esas bromas. Además, tú no eres viejo.

—Tengo mas de cincuenta años; es un granito de anís.

—Estás en la flor de tu edad.

—Pero es una flor marchita... que está cerca del sarcófago.

—Ya puedes irte corriendo — exclamó Rosa enojada.

—¿Ves que muchacha esta? — dijo el médico á María — siempre que le recuerdo mi vejez, me despide con cajas destempladas.

Luego dice que me quiere.

—Demasiado lo sabes tú; por eso me haces enfadar.

—Venga esa mano... yo no quiero que te enfades nunca.

—¿Y por qué te vas tan pronto?

—Efectivamente—añadió la marquesa—haces muy mal en dejarnos solas. Ahora que habias logrado distraernos de nuestros pesares...

—¿Lo ves?—dijo Rosa—así que te hayas ido, volverá mi hermana á ponerse triste... tal vez á llorar...

—No es posible—repuso el médico—María tiene talento, ha reconocido la exactitud de mis reflexiones, y no tiene motivos para abandonarse á una afliccion desesperada, que lejos de remediar sus males, solo alcanzaria exacerbarlos. Además, te quiere mucho... ¿no es cierto, María, que quieres mucho á Rosa?

—La quiero como á mis hijos.

Las dos hermanas se abrazaron y besaron con la mayor ternura.

—Siendo así—añadió don Antonio—no querrá María afligir á su hermana. Ella sabe que su llanto la desgarrará el corazon.

—Lo mejor seria que te quedases con nosotras—objetó la marquesa.

—Me es absolutamente imposible—replicó don Antonio.—La humanidad doliente reclama mi presencia.—Y mirando el reloj, añadió:—Son las once, y el mas leve retardo podria tener fatales consecuencias; pues he de visitar á un enfermo de gravedad.

—No te detengas—esclamó la marquesa.—Puedes irte con la seguridad de que ni mi afliccion ni mi llanto desgarrarán el corazon de tu esposa. Además de haberme convencido con tus sábias reflexiones, acabas ahora de darme una leccion que no olvidaré.

—¡Bravísimo!—esclamó el médico, y abrazando á María y

despues á su esposa, desapareció, no sin que ambas le acompañasen hasta la puerta de la escalera. Despidiéronse otra vez de don Antonio, y aun corrieron á asomarse al balcon para verle salir y dirigirle afectuosos saludos con sus pañuelos.

—¡Qué bueno es tu marido!—dijo la marquesa.

—Soy muy dichosa á su lado—respondió Rosa llena de noble orgullo.

—¡Dios mio!—gritó de improviso la marquesa, fijando su vista en un gallardo zagal, que miraba á las dos hermanas desde la calle con una desvergüenza casi insolente, con su calañés ladeado, un enorme veguero en la boca y haciendo crujir el látigo con donosa truhanería.

—¿Qué sobresalto es ese?—preguntó Rosa al ver la agitacion de su hermana.

—Ese jóven que nos está mirando...

—¡Eh! déjale en paz; son tan insolentes los mozalvetes del dia!...

—Mírale por Dios—dijo la marquesa con particular interés.

—¡Vaya un empeño ridículo! nos esponemos á que nos diga una desvergüenza.

—Es él... no me cabe duda. Mírale bien.

—¡Cielos! ¡es Manuel!

—¿Verdad que sí, Rosa?

—Vaya si lo es; pero no... ese no lleva bigote ni perilla... ¡cómo se le parece!...

—Como que es el mismo. No ves todos sus ademanes, su modo de reirse... y se burla de nosotras porque no le conocemos....

—Sí, es él... sí... mira, ya entra corriendo en casa: vamos á recibirle.

Y cuando las dos hermanas apenas se habian separado del balcon, ya estaba el travieso zagal en la sala. Habia subido la escalera en cuatro brincos, seguro de que las señoras que habia visto en el balcon no habian de negarle un abrazo.

En efecto, apenas le vieron, lanzáronse las dos á su cuello y le colmaron de caricias.

— ¡Qué feliz soy en este instante! ¡Deseaba tanto veros!... No me conociais... Ya se vé, con este trage, luego sin bigote... Ha sido preciso para evitar que la policia me eche el guante... — exclamó radiante de alegría el recién llegado; — pero no me es posible detenerme mas que un breve momento. ¿Cómo está Luis, María? ¿Y mi padre?... Tengo precision de verles... Todo marcha á las mil maravillas... El triunfo es seguro... ¿Está en casa, Luis? En cuanto le haya dado parte de lo que ocurre, me voy en busca de mi padre... he de anunciarle cosas que le volverán loco de alegría. ¿Y mi pobrecita madre? ¡Cuántos deseos tengo de abrazarla!... Que llevo prisa ¿dónde está Luis?

Así que Manuel nombró á su madre, María y Rosa no pudieron contener por mas tiempo sus lágrimas, é imposibilitadas de responder á su hermano, permanecian anegadas en llanto, cubriéndose la cara con el pañuelo.

— ¿No me respondeis? ¿Llorais? — gritó sobresaltado Manuel.

— ¿Quién ha muerto?... ¡Dios mio! No habia reparado hasta ahora en vuestro luto... ¿Han fusilado á Luis?

— ¡Oh!... no... no, hermano mio — respondió María — Luis pudo fugarse y está ya seguro en Francia.

— ¿Luego es mi padre á quien los asesinos han fusilado?

— Tampoco... Estaba ya en capilla para ser pasado por las armas y se le perdonó la vida, pero está preso y saldrá desgra-

ciadamente un dia de estos para uno de los presidios de Ultramar.

— No saldrá — exclamó lleno de conviccion Manuel.

— ¿Y quién podrá impedirlo? — preguntó con desconfianza la marquesa.

— Yo, hermana mia... yo... —

— ¡Tú! — exclamaron las dos hermanas á un tiempo.

— Yo, no lo dudeis.

— Pero qué medios...

— Tengo uno infalible... ¿Estamos solos?

— Nadie puede oirnos — respondió la marquesa.

— La conspiracion de ahora no puede fracasar.

— Lo mismo decia Luis de la que tantas desgracias ha ocasionado.

— Contamos con un éxito seguro, y voy á hacer que no se dilate un momento. Quiero salvar á mi padre... y le salvaré.

— ¡Bien, hermano mio, bien! — exclamó la marquesa con entusiasmo. — Salva á tu padre... véngale de los ultrajes que ha recibido de sus opresores, y habrás llenado los deseos de una madre moribunda.

— ¡De una madre moribunda! ¿Qué has dicho, María?

— ¿Para qué ocultártelo? Nuestra madre no pudo sobrellevar el peso de sus infortunios. Así que supo que estaba su marido en capilla, cayó enferma.

— ¡Desventurada madre mia! — exclamó Manuel entre acerbos sollozos. — Mi adorada madre... Yo que tantos deseos tenia de estrecharte entre mis brazos... no te veré ya mas!

— Acometíala una convulsion tras otra... y siempre que podia pronunciar algunas frases, limitábase á llamar á sus hijos y á Tomás para que salvarsen á su esposo.

—Le salvaremos, madre mia, le salvaremos. Tomás está en mi compañía, y no me abandonará.

—¡Pobre Tomás! ¡Cuánto celebro que no le haya ocurrido ninguna desgracia!

—¡A Dios, hermanas mías! —dijo Manuel abrazando á Rosa y á María— ya nada tengo que hacer aquí, y los momentos son preciosos. Y tú, madre mia, que desde el cielo infundes aliento al que llevaste en tus entrañas, acoge con benevolencia mi juramento. Juro por tus sagrados manes, consagrar mi vida entera á la defensa de la libertad de mi patria. ¿Qué me importa morir en la lucha, si ya en este mundo me faltan las caricias de mi madre? Salve yo ahora á mi padre, y venga despues la muerte, ella me llevará otra vez á la presencia de una madre cariñosa.

Y voló con mas entusiasmo que nunca á escitar los ánimos de sus compañeros... á cumplir su juramento solemne.

No tardó en estallar la nueva conspiracion, de la cual daremos en los capítulos siguientes algunos pormenores... así como de las causas del general descontento que reinaba en el pais.



CAPITULO XIII.

CAUSAS DEL GENERAL DESCONTENTO.

En el año de 1848 se renovaron con tal iracundia las escenas de sangre y esterminio, que dejaron muy atrás la época del terror de 1823 cuando se restableció el gobierno absoluto.

Es verdad que entonces se temia á las masas ignorantes ó preocupadas, mas era fácil librarse de sus instintos brutales y feroces, variando de residencia ó no saliendo del hogar doméstico. El gobierno fué vengativo; pero no tan salvaje como en 1848, que ciego y encarnizado dirigia las mas injustas persecuciones, sin que hubiese medios hábiles de evitar sus pesquisas.

¿Y cómo evitarlas ante una numerosa falange de policiaos, pagados espléndidamente, que inspeccionaban los domicilios, que delataban á su sabor, que prendian sin conocimiento de sus gefes superiores, y que era mejor premiado el que presentaba mas luen-go catálogo de esta clase de servicios?

En el año veintitres, los fanáticos frailes solian decir á sus estúpidos oyentes: